

sáyeq

Nunca olvides tu vínculo con *La Unidad*

Vive como el ser de luz que eres

Cuentos para El Satori

Juan José Rodríguez Martín

 
Vision Libros

SÁYEQ

(Cuentos para El Satori)

SÁYEQ

(Cuentos para El Satori)

JUANJO RODRÍGUEZ MARTÍN

Sáyeq. Cuentos para El Satori.

© Juan José Rodríguez Martín

www.juanjorodriguez007.es

© Editorial: Vision Libros

Calle San Benito 21 Local

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-294-2

Depósito legal: M-005359/2008

Diseño base cubierta: Juanjo Rodríguez

Maquetación: Daniel Alvera Fernández

dalveraf@gmail.com

Distribuye y produce:

Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es

www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Sáyeq	9
De donde vengo yo... A donde vas tú.....	11
De zorro a Kúey	47
De donde vienes tú... A donde voy yo.....	79

SÁYEQ

Todo empezó en un punto del Universo, en la constelación de Mitronch, en el planeta Imagina, en el año 27 de la Era del Cristal, en el país de Dirdam...

DE DONDE VENGO YO... A DONDE VAS TÚ

EN una pequeña granja, vivía un joven cerdito sonrosado, al que todos los animales llamaban Tristón porque siempre parecía triste. No sabía porqué no podía salir de allí. No entendía porqué los demás animales de la granja nunca hicieron nada por intentarlo. Y lo que es aún peor ¿Por qué ni se lo planteaban? No, no era feliz, estaba donde no quería y fuerzas dominantes le obligaban a permanecer allí.

Lo que más le gustaba era tumbarse en el fango y soñar. Soñaba con la historia que un viejo perro vagabundo, que pasó por allí, le contó en cierta ocasión. La historia hablaba de la ciudad del Amor, un lugar regido por un rey donde la única ley era el Amor. Para el joven cerdito era un lugar idílico. El rey debía ser una gran persona, que idea más maravillosa, ¡la única ley, el Amor! Necesitaba creer que era cierto, trataba de imaginarse como sería un lugar así. Que felices debían de ser todos allí.

Para Tristón conocer aquel lugar era su sueño. Sin duda, daría cualquier cosa por estar allí. Pero él, era un cerdito que había nacido en una granja y no conocía nada más, no sabía que había fuera y nunca había salido de aquel recinto. Aún así, soñaba con salir de allí.

De pronto, se le hizo un nudo en el estómago. Siempre le ocurría lo mismo cada vez que llegaba a esa parte de su sueño. ¡Tenía miedo a lo desconocido! Necesitaba de parámetros y pautas que definieran la estrategia a seguir, ahí afuera. Pero como desconocía que había afuera, tampoco sabía si sería capaz de controlar su vida.

En definitiva, Tristón no era feliz. Él nunca pidió estar encerrado en una granja. Solo soñaba con la libertad de ir donde quisiera, como quisiera y cuando quisiera. A menudo se preguntaba a sí mismo. ¿Por qué todo tiene que estar siempre encasillado? ¿Por qué todos los animales estamos controlados? ¿Por qué me hago estas preguntas? ¿Por qué, yo, también busco respuestas? Quizás, sino me planteo más preguntas no necesitaré más respuestas. Y cada vez que se hacía esas preguntas, un hormigueo recorría su cuerpo.

—Algún día, conseguiré el valor suficiente para marcharme, y entonces, si que seré feliz de verdad—. Se repetía continuamente.

Pero solo soñaba, no hacía nada por conseguir su sueño. La verdad es que tenía miedo. Inmediatamente después, su mente era un mar de dudas. ¿Seguro que lo conseguiré? ¿Sabré valérmelas solo? ¿Y si algo sale mal? Para siempre, terminar diciendo.

—Ahora no es el momento, talvez más adelante...

Y seguía soñando. Pero su constancia en ese sueño, algún día, le daría la autentica libertad.

Cierto día que el cerdito paseaba solo y aburrido por la granja. Sin querer, oyó una conversación entre sus amos.

—Somos ya muy ancianos —decía ella— nos quedan pocos años de vida y cada vez nos cuesta más trabajo sacar adelante la granja. No tenemos a nadie a quien dejar nuestros bienes. Deberíamos venderlo todo. La granja, los animales y disfrutar lo poco que nos queda.

—Y ¿para que vamos a querer el dinero una vez que hayamos muerto? —Respondió el marido— ten en cuenta que esta granja siempre será nuestro cobijo, nuestro hogar. Y los animales serán nuestro sustento. Nos los iremos comiendo. Comida no nos faltará.

Tristón no podía creer lo que estaba oyendo. Su sonrosada piel se volvió completamente blanca, los músculos se le agarrotaron y su respiración se tornó muy agitada. Una cosa era cierta. Él sabía que su fin, si no hacía algo, seria el matadero o ser vendido, pero siempre se había engañado pensando que a él, con un poco de suerte, no le tocaría, y de ser así, ese día siempre lo había visto muy lejano. Ahora estaba aterrado. En su interior, una voz le recriminaba.

—¿Si hubiera seguido mi sueño? ¿Si me hubiera marchado antes? Con la de veces que he pensado en irme de aquí. Cuanto tiempo perdido.

Lamentaciones. Solo se lamentaba por no haber hecho antes nada para cambiar su suerte. Y comenzó a ser consciente de que las lamentaciones no le iban a solucionar el problema. Ahora sí que había llegado el momento de hacer algo más que soñar. Lo que había oído no eran buenas noticias, de hecho, era lo peor que le podía pasar. Pero por otro lado, era la oportunidad que necesitaba. Solo tenía que dejar de lamentarse y pasar a la acción. Había tenido que llegar a un punto extremo para tomar la decisión de su, corta, vida. Ya no tenía nada que perder. Estaba decidido. Esta situación, le daría las fuerzas suficientes para ir a por su sueño. Le iba en ello la vida. Y se dijo a si mismo; Ya no voy a ponerme más excusas, esta noche, voy a marcharme de aquí de una vez por todas, se acabó el soñar, llegó el momento de pasar a la acción. No más miedos, y nunca más, excusas.

Y sin perder más tiempo corrió a contar lo que había oído a sus compañeros de granja.

Los reunió en la parte trasera del granero, donde nadie les pudiera oír y después de narrarles la conversación que había escuchado, se hizo un corto silencio. Entonces mamá pata dio dos torpes pasitos, como solo un pato sabe dar, y con aire de resignación, exclamó.

—¿Que le vamos a hacer? —en su voz se notaba cierto aire conformista—. Aquí nacimos, este es nuestro hogar y aquí acabaremos nuestros días. El mundo fuera de aquí es un peligro para nosotros, es algo desconocido y peligroso. Siento miedo con solo pensar que podría hacer sola, fuera de esta granja.

—Yo por mi parte —intervino Tristón —pienso escaparme de aquí esta misma noche. Creo que la única forma de vencer al miedo es enfrentándose a el.

—¿Estas loco? —Le increpó el gorrino más viejo —. ¿Y los perros? ¿Has pensado en los perros? nunca te dejaran salir entero de la granja, sabes que los sueltan por la noche y no tengo que decirte lo fieros que son.

Por un momento Tristón, sintió que no tenía mucho sentido marcharse. Pero, ¡que narices! estaba su vida en juego. Además, siempre soñaba con hacer algo que le hiciera ser distinto del resto, algo que le diera una identidad propia, que le hiciera sentirse orgulloso y aunque tuviera que pasar mil peligros, este, era su momento. No estaba dispuesto a rendirse. No ahora, que su vida estaba en juego, y le quedaba mucha vida por delante. Bueno, los perros también eran animales como él seguro que también lo entenderían.

—Talvez —les dijo —si les explicáramos lo que ocurre, seguro que...

Pero no pudo terminar la frase. El anciano cerdo le cortó.

—Olvidalo. Eres muy joven, pero ya deberías de saber que los perros son el mejor amigo que el ser humano tuvo jamás. Sienten una extraña empatía hacia ellos. Nunca les traicionarían.

El viejo cerdo tenía razón. Todos sabían que los perros siempre estaban con los humanos, los acompañaban fuera de la granja, convivían con ellos en la casa... Pero, él no estaba dispuesto a echarse atrás ante el primer problema que le surgiera. Esta vez, no. Estaba decidido.

—No se, ya pensaré algo —resolvió —¿Quien vendrá conmigo?

Se hizo un absoluto silencio. Todos agacharon la cabeza y nadie articuló sonido.

—¿Ninguno? —volvió a preguntar—. ¡No me lo puedo creer! ¿Preferís una muerte anunciada que luchar por vuestra vida, vuestro futuro?

Y un anciano cerdo, respondió con resignación.

—Hijito, como te ha dicho la abuela pata, nosotros ya somos mayores para pensar en otra vida que no sea la que tenemos. Nos hemos acostumbrado a vivir como lo hacemos. No sabríamos que hacer ahí afuera. Tus padres...ya no están y tú, nunca has sido muy feliz aquí, siempre sueñas con salir y conquistar el exterior. Tú, con tu corta vida, siempre has demostrado ser diferente. Ahora tienes esa oportunidad, si crees que debes aprovecharla, hazlo. Pero, ¿donde piensas ir?

no conoces el exterior, no sabes que contratiempos o que peligros te puedes encontrar.

—Bueno, aun no lo se —respondió—. Cierto es, que solo conozco esta granja y también es cierto, que tengo miedo. Nunca he salido de aquí, ya lo se, pero me han hablado de un lugar, un reino donde solo existe el amor, parece ser que lo gobierna un buen rey y estoy seguro que seré bien recibido. Creo que iré allí. No pararé hasta encontrarlo.

Durante la tarde, Tristón estuvo pensando como podría salir de allí, como podría engañar a los perros. Llegó una conclusión, a lo único que temían los perros era a los humanos, por supuesto ¿Quién no?, y a la muerte. Todos tenemos, si no miedo, sí respeto, a la muerte, provocado por nuestra ausencia de conocimiento sobre que nos vamos a encontrar y que tenemos que hacer. No le pasó desapercibida, la similitud entre el miedo que sentía él, cuando pensaba en escapar y el miedo a la muerte. Comprendió que la ignorancia potenciaba su miedo.

Y llegó la noche. Tristón, hizo una talega con algo de comida, la ató a un palo y se la echó al hombro. Listo para partir. Entreabrió la puerta de la cochinería y oteó el exterior. Allí estaban los dos dóberman, velando por la tranquilidad de la granja. Si le descubrían estaba perdido, pero Tristón tenía un plan y no tardaría en ponerlo en práctica. Sin pensarlo más, se puso una sábana por encima y la levantó, con el palo donde había atado la comida, quedando escondido debajo. Salió del cobertizo y se dirigió hacia el vallado. Tenía que pasar por delante de los perros, así que, pensó que lo mejor era asustarlos, para que le dejaran pasar.

—Buuuh, Buuuh —le temblaba la voz—. Soy la muerte y me llevo a Tristón, y a quien intente detenerme también me lo llevaré. Buuuh.

Los perros se quedaron paralizados, —¡Guau! la muerte —se dijeron.

Nunca habían visto a la muerte y sintieron miedo. Y por si acaso, cuando Tristón llegó a su altura, los perros dieron un salto hacia atrás dejándole el paso libre.

—¿Queréis venir conmigo?—. Les desafió, con la voz tan profunda como pudo.

—No, no—. Respondieron los perros con voz lastimera.

—Pues dejar paso —les ordenó tristón—. Aún tengo mucho camino que recorrer.

Y mientras Tristón continuaba su camino hacia el vallado, los perros, escondieron los rabos entre las piernas en acto de total sumisión, y recularon hacia atrás hasta tumbarse con la cabeza reposada en el suelo, y una vez así, se taparon los ojos con las patas.

¡Era fantástico! Pensó Tristón, ¡Los había engañado! ¡Estaban muertos de miedo! Como él.

El corazón le bombeaba a gran velocidad, sintió como si algo le comiera el estomago por dentro. A sus miembros les costaba moverse como a él le gustaría que lo hicieran en ese momento.

Sigue, sigue, se decía así mismo, ya falta poco, lo vas a conseguir...

Pero, ¡que mala suerte! Cuando estaba a punto de conseguirlo la sábana se enganchó en un matorral, dejando al descubierto la maniobra del cerdito. Este, miró aterrado a los perros que rápido se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo y arremetieron contra él.

Tristón, no tuvo tiempo de pensar y comenzó a correr lo más deprisa que pudo hacia la valla. Cuando llegó a su altura, intentó pasar por entre las maderas, pero ¡diantre! no cabía. Miró atrás. Los perros corrían hacia él como posesos, aunque en sus ojos solo se reflejaban las dentaduras de los canes con las encías al descubierto, amenazando con asirse a su cuerpo. Siguió corriendo a lo largo de la valla, buscando un huequito por donde poder atravesarla, y por fin lo halló. Pero era demasiado tarde, ya tenía a los perros encima. Hizo un último esfuerzo, y sintió un punzante dolor en su parte trasera.

—Oingiiiiiaaa, oingiiiiiaaa, oingiiiiiaaa—. Varios alaridos de dolor y desesperación brotaron desde lo más profundo del joven cerdito.

